

ROMA SIN PAPA.

LO QUE FUÉ. — LO QUE PUEDE SER.

PRELIMINARES.

Omnes considera gentes, in quibus romana pax
desinit.

Seneca, de Providentia.

Et ecce motus magnus factus est in mari, ita
ut navicula operetur fluctibus; Jesus autem dor-
miebat.

San Mathæi: VIII, 24.

I.

OBLIGACIONES QUE IMPONE LA HISTORIA: SÍNTESIS DE LA DE ROMA.

Libre, como lo es, el albedrío humano, nada puede contra lo pasado. La voluntad del hombre más enérgico y más perseverante, ninguna fuerza tiene contra sus propios antecedentes. Ora quiera seguirlos, ora contrariarlos, siempre obrarán sobre su vida, cuando no como procedencia, como reaccion, ó como contraste. Héroe ó malvado, sábio ó ignorante,—para no hablar más que de cualidades morales,—no podrá prescindir nunca del carácter ó influencia, de la reputacion que entre los hombres se haya adquirido. Hasta la virtud, hasta la

santidad misma, son impotentes contra la opinion que les haya otorgado el mundo. Un hombre degradado, una mujer infame se rehabilitarán delante de Dios, por el arrepentimiento y la expiacion: tendrán abiertas las puertas del cielo; pero la sociedad les cerrará las suyas. Mientras que, derribado, ó corrompido, un personaje ilustre será siempre una grandeza caída; como las columnatas de Palmira, convertidas en chozas, serán siempre un monumento.

Lo que no es dado á la libre voluntad del individuo, tampoco fué concedido al querer y al poder de esas voluntades colectivas, que se llaman sociedades y naciones. Un pueblo entero, el más numeroso, el más ilustrado, el más potente, el más enriquecido, el más unánime en su propósito, nada puede contra el carácter y el destino que le trazan las ideas y los hechos, en que le han dado el ser las generaciones que le precedieron y criaron. Al dar impulso á su porvenir, obedece irresistiblemente á las fuerzas que le traen de lo pasado; como obedece un gran rio á las condiciones que le imponen la masa del caudal de sus aguas y el recorrido cáuce de sus riberas.

Los pueblos que han sido guerreros, que han sido religiosos, que han sido legisladores, que han sido comerciantes, que han sido artistas ó filósofos, turbulentos ó pacíficos, austeros ó afeminados, oscuros ó gloriosos, vanamente se querrá que borren ó alteren en un día, y desde una fecha, la significacion que traen al mundo, ya sea que fuerza extraña los oprima ó compela, ya que su voluntad propia reunida en millones de votos, decreta lo contrario. En la reñida controversia á que hemos asistido toda nuestra vida sobre la naturaleza y asiento de la soberanía nacional, lo que nunca hemos visto claro, es

el límite de su mandato; lo que ha quedado siempre para nosotros como misterio no explicado, es el punto en que la fuerza de las voluntades presentes concluye, para enlazarse con la omnipotencia, siempre nueva, de las voluntades futuras. Pero respecto á lo pasado, no queda misterio, ni abrigamos duda.

Los que llamamos Nacion, no solo á un pueblo que hoy vive, sinó tambien, y con mayor derecho, al que como tal ha vivido veinte siglos, y ha de seguir viviendo hasta un término para nosotros ignorado; como llamamos Tajo, no solo á las aguas que riegan los jardines de Aranjuez una mañana de primavera, sinó á los raudales que han corrido por miles de años desde las sierras de Cuenca, hasta las playas de Lisbóa, no nos satisfacemos con razones sacadas exclusivamente de lo que es actual y transitorio. Lo que ha sido perenne en un pueblo, es independiente de su voluntad determinada en un año. Ni las cancellerías todas de Europa, ni todas las asambleas del mundo, pueden alterar la significacion de una palabra del idioma. ¿Una palabra decimos?—¿Pues si hemos visto no há mucho que el número de personas que hubiera sido bastante para derribar un Ministerio, no consiguió hacer cambiar la forma de un sombrero!¹

De cierto, los que más alto coloquen esa voluntad co-

¹ Reciente está en la memoria de todos la especie de conjuracion de hace pocos años para sustituir el sombrero hongo ó chambergo al de copa alta, que hace ya años se usa en todo el mundo civilizado. Los innovadores llevaban razon en combatir por fea la antigua y perseverante moda; tenia, sin embargo, ésta más hondas raíces que lo que juzgaban muchos, y á pesar y con asombro de sus patronos, mató el ridículo la cruzada sombreroil.—Ponemos esta nota no para los que hemos sido actores ó espectadores de la contienda, sinó porque sin esta breve explicacion, que hoy acaso parezca supérflua, dentro de pocos años no se entendería la alusion que á este suceso hace el Autor.

lectiva, que se llama soberanía de los pueblos, habrán de reconocer con nosotros, que sobre esa corriente de poder, que hoy vemos pasar tan impetuosa, tan rugiente, tan incontrastable, domina inexorable, providencial é irresistible, la soberanía de la historia.

Y no se deduzca de esto, que al profesar tal doctrina, no aceptamos la regeneración de las sociedades y el progreso de la humanidad. Por el contrario, éste mismo principio es el único que puede darnos una certidumbre consoladora. Historia, para nosotros, significa progreso: historia, es el atributo de la especie humana, como la razón atributo del individuo. Dios, que según la magnífica expresión de un Santo Padre, "se ha reservado para sí solo la memoria de lo futuro," ha querido concedernos un maravilloso destello de su presciencia, dándonos en la historia, "la profecía de lo pasado." Al cerrarnos por delante el wagon acelerado, en que por la existencia nos conduce, nos ha puesto en ella, como un espejo frontero, que nos muestra el camino recorrido.

La humanidad es un sér histórico, como el hombre es un animal racional. Los otros séres animados no tienen historia, y por ello no tienen progreso. La historia no solamente nos sirve para explicar las revoluciones, sino que es para nosotros el criterio de su legitimidad. No sabemos de otro. Al aceptarlas como resultado de las fuerzas sociales, las admitimos, no sólo cuando son su consecuencia, sino cuando aparecen como su explosión.

También en la naturaleza las hallamos. Hay de trecho en trecho en el globo volcanes que inflaman los aires y estremecen la tierra: hay, de cuando en cuando, lluvias de fuego que sepultan ciudades. Hay en los acontecimientos humanos unas leyes de geología moral, pero no ménos

encadenadas al órden misterioso de una insondable Providencia, que concentran, en determinados lugares, erupciones como las del Etna; en determinados días, lluvias de ceniza, como la que cubrió á Pompeya. El autor de la naturaleza es el mismo autor de la Historia.

Vulgares y axiomáticas, como son estas observaciones, las vemos, sin embargo, olvidadas y desatendidas en el exámen de las cuestiones europeas. En casi todos los problemas, cuya solución agita al mundo, vemos desechados con desden, ó no contados como positivos factores, los datos y los elementos históricos. Á veces se nos figura que aportamos á un mundo recién creado, náufragos de otro mundo antiguo; ó nos da una medrosa duda de nuestro propio entendimiento, como si nos sintiéramos evocados de una región de muertos y aparecidos.

Por no hablar de nuestra propia historia, en la cual unos no recuerdan nuestro poderío y grandeza como elementos de derechos é influencia; y no consideran otros que estamos expiando las ambiciones, tiranías, errores y fanatismos, de que dieron escándalo al mundo las generaciones que nos legaron esta grandiosa y embrollada herencia; por no hablar de la Hungría, de la Polonia, de la Irlanda y de otros cien pueblos, cuyos precedentes vemos tan contradichos ó tan malamente interpretados, uno de los espectáculos que más nos admira, es el olvido completo de la más sabida, de la más estudiada, de la más vulgar, de la más mañoseada de las historias, cuando se trata de los acontecimientos y de las cuestiones de Italia, que tienen hoy, como han tenido en todos tiempos, el privilegio de preocupar, absorber é interesar tan profunda y completamente la atención y la expectante ansiedad del mundo entero.

Fenómeno es este que abruma, por incomprensible, nuestra inteligencia.

Necesitamos, pues, resumir y concentrar en algunos párrafos cuanto llevamos expuesto en nuestro anterior estudio sobre Italia.

Ya lo hemos dicho allí, y no nos cansaremos de repetirlo. La historia de Italia es la historia universal; es, á lo ménos, la historia del mundo civilizado y europeo: la que entra como elemento primordial en la genealogía y progresos de todos los otros países. Y con todo eso, si posible fuera que arribara á nuestro globo un viajero de otro planeta, al observar cómo se plantéan y discuten los problemas desde la constitucion italiana, debía creer que los pueblos de aquella region acababan de aparecer en el mundo; que Italia salía hoy del seno de las aguas, como la antigua Délos, ó del de la barbárie, como uno de los más recientes establecimientos de la Australia. Decimos mal: quien no saldría de su estupor, sería, no el morador de otro planeta, ó de un continente desconocido, sino más bien un romano desenterrado del tiempo de Gregorio VII, ó un florentino contemporáneo del Dante.

Recordamos haber leído en la Mesíada de Klopstock, la visita de un Ángel viajero á los habitantes de la tierra; al cual, viniendo de una esfera de seres inmortales, cuesta mucho trabajo, y le causa mucha tristeza comprender lo que es entre los hombres la muerte. Parécenos que algo de ésto habia de pasar á una sombra evocada de aquellos tiempos, ora fuese de un intransigente güelfo, ora del más unitario gibelino, al explicarle lo que hoy significan estas palabras: LIBERTAD, UNIDAD, INDEPENDENCIA DE ITALIA.

No lo dudamos: si á cualquiera de ellos se le anunciara

que la Italia iba á ser al fin reino independiente, libre y separado, como España, Francia é Inglaterra; que el Sumo Pontífice iba á ser un Obispo, como el de Milan ó Turin; que Roma pasaba á ser una capital civil como Madrid ó Viena; si le dijeran, en fin, que el Imperio desapareció hace tres siglos, y que la Iglesia romana desaparecería dentro de tres semanas, ¡oh! sí, tenedlo por cierto; llamaráse aquel hombre Farinato, llamaráse Arnoldo de Brescia, ó llamaráse Galeato Visconti, mesaría con tristeza sus cabellos, y llorarian sus ojos lágrimas de patriótica amargura. «¡Al fin ha llegado á suceder despues de tantos siglos, exclamaria volviéndose á su tumba, lo que tanto temieron nuestros padres en los dias de Odoacre el Hérulo y de Desiderio el Lombardo!»

Cuando Metternich decía que Italia no era más que una *expresion geográfica*, afirmaba una verdad histórica; sólo que esta proposicion, para él de menosprecio, encierra, por el contrario, la significacion de la más alta primacía, el destino más privilegiado que recibió de la Providencia region alguna de la tierra. Este destino fué desde su principio, excepcional, único. La Italia política no ha tenido límites jamás: Italia no ha existido nunca, porque Italia tuvo á Roma, y Roma fué, desde su dilatacion primera hasta nuestros dias, más grande que Italia; porque Roma fué sucesivamente la unidad política, la unidad histórica, la unidad legislativa, la unidad moral y la unidad religiosa del mundo civilizado.

La historia de Europa no tiene más que dos capítulos: historia del Imperio Romano; historia de la Iglesia de Roma. De éstas dos grandes evoluciones, que una á otra se heredan y completan, y que describen en torno de ella, como los orbes de un sistema planetario, todos los pue-

blos y razas de Europa, Roma es el sol central, Italia su atmósfera luminosa. Dios, que ha creado en el hombre regiones en que se elabora la sangre, entrañas en que se prepara la nutrición, alambiques en que se desprende el oxígeno del aire, órganos diversos en que se comparten con maravillosa armonía las varias funciones, y las misteriosas fuerzas de la vida, nos revela, sin embargo, por un sentido íntimo, que en el reducido espacio de nuestro cráneo hay un privilegiado foco de vitalidad, donde más concentradamente sentimos que funciona y preside la inteligencia. Y quien ha dado á los hombres cerebro, también para la razón y voluntad de las grandes asociaciones de la humanidad ha designado cabezas.

En el más largo período histórico que conserva la memoria de la Europa, esta cabeza ha sido Roma. Léjos de hacer una figura poética, léjos de asentar una paradoja, consignamos una verdad vulgar.—Roma antigua fué la antigua unidad europea: Italia, una provincia, la más central, del mundo romano.

II.

UNIDAD RELIGIOSA:
SIN LÍMITES EN EL TIEMPO NI EN EL ESPACIO.

Desorganizado y destruido el Imperio, constituida la unidad de la ley, Roma heredó asimismo el centro de la unidad fundada en la fé religiosa. De las dos antorchas que iluminaron al mundo, una en aquella noche de barbarie, en que estaban sumidos los pueblos ántes de la asimilación romana, otra en aquel caos indefinible que resulta del choque de los nuevos bárbaros, con la cultura y corrupción de la sociedad pagana, Italia fué la torre, Roma el fanal; Roma fué el centro de aquellas dos ideas, Italia el núcleo de aquellas dos unidades.

La primacía de Italia consiste en haberse asociado á la grandeza de una fuerza que empezó no reconociendo fronteras de territorio, y luego al poder de una idea, que ni siquiera admitía límites de tiempo. Mayor que ésta primacía no la hubo jamás. Más grande que éste destino no lo tuvo raza alguna. Los principios elementales que le constituyen, son: el dominio del mundo en el espacio, la asociación del género humano por una eternidad. IMPERIUM SINE FINE, DEDI, decía su gran Poeta.

La historia de Italia está urdida y tramada por estas dos aspiraciones á que Roma preside, á que Italia no ha

renunciado nunca. Lo universal y lo eterno son los elementos constitutivos de su organismo, son las fuerzas vitales de su existencia; son los instintos de su temperamento; son los caracteres de su génio. Están en su origen, están en su desarrollo, están en su gloria, están en su decadencia; están en el génio de su ciencia, en el esplendor de sus artes, en su dominacion, en su servidumbre; están en la guerra que hicieron á todos los pueblos, en la opresion con que todos la tiranizaron, en la adopcion de todos los Dioses que acogieron en su panteon; están en el culto de un solo Dios verdadero, con el que su Pontificado evangelizó al universo.

Pero donde ciertamente no están es en los que ahora, al presentar programa de unidad, independenciam, resurreccion y engrandecimiento de esa Italia, que ya no puede representar sinó una fraccion política, quieren que deje de tener por corona la cabeza universal de la unidad religiosa.

Tal se nos presenta á primera vista, y teniendo sólo en cuenta los hechos culminantes, la gran cuestion italiana y su conflicto con Roma. Tal es, á lo ménos, el punto de partida donde nos colocaríamos para recorrer la série de consideraciones que se ofrecerian á nuestros ojos, si hubiéramos de escribir un libro sobre ella. Faltos de fuerzas para tan árdua taréa, hemos reconocido por otra parte, que el desenvolvimiento de nuestras idéas pudiera conducirnos á las regiones de una filosofia histórica, donde la verdad misma revistiera las apariencias de paradoja; donde lo que pudiera nacer en nuestra alma, de una inspiracion generosa, se creyera,—en un siglo positivo, y por un público apasionado,—misantrópico y desapiadado fatalismo.

Recelando que la esfera de nuestras contemplaciones, como el aire de las altas montañas, fuera una atmósfera demasiado fria y enrarecida, incapaz de servir á la respiracion ordinaria, hemos descendido á un terreno ménos elevado y más practicable; nos hemos ceñido á un horizonte más limitado, más al alcance de nuestros ojos, más en relacion con nuestros medios, y hemos aceptado la cuestion práctica y actual, como la presentan la diplomacia y la política, sobre la constitucion de un Reino ó de una Confederacion italiana, que reuna en posible armonía y en completa independenciam de las naciones extranjeras, los elementos de esa particular y reconocida nacionalidad.

III.

CÓMO REBAJAN Á ITALIA Y Á ROMA
LOS QUE HOY ASPIRAN Á REALZARLAS.—
NUESTRO PROPÓSITO:
EL PONTIFICADO INDEPENDIENTE EN UNA ITALIA
INDEPENDIENTE.

Pero si podemos admitir y ensalzar este propósito sin inconsecuencia, no nos es dado asentir á aquello que, proclamándose como complemento, nos aparece como flagrante contradicción; que señalándose como extremo límite de elevación y altura por los que aspiran á engrandecer la Italia, se representa, por el contrario, á nuestros ojos, como el ínfimo escalon de su final descenso, el último y certero golpe de su completo acabamiento y ruina.

En el punto en que las razones de fijar y constituir la Italia en un Estado europeo, pretenden absorber á Roma en esa limitación italiana, las consideraciones que durante siglos se aplicó á sí misma la Italia entera, se concentran todas sobre la cabeza del Catolicismo, y nos hacen reivindicar los derechos eternos de la Historia contra las exigencias respectivamente mezquinas y transitóricas de la política.

Cuando se anuncia con seguridad tan presuntuosa que porque la Italia se eleva al rango de Nación, Roma debe descender á la representación exclusiva de su nacionalidad, nos creemos con derecho de preguntar á la opinion,

á la Europa y á la Italia misma, si la pretension de hacer de Roma una capital política, está en los derechos de los Italianos respecto á la Europa y al orbe cristiano. Debemos preguntar más todavía: si en el caso de que esto fuera humanamente posible, autorizado y consentido, estaria en la conveniencia, esplendor y grandeza de la Italia misma regenerada y constituida, la secularización definitiva de Roma, y la supresión final de todas las condiciones que han hecho de ella el inmortal y divino asiento del Sumo sacerdocio de la Iglesia Católica.

Tal es, tan modesto, tan limitado, el único objeto de nuestras observaciones, por más que en el improvisado desarrollo de este ceñido estudio, no sigamos una rigurosa dialéctica, y nos separemos más de una vez, á derecha é izquierda, de nuestro principal objeto y propósito. La deducción principal, la conclusión definitiva de nuestras ideas, se la abandonamos á la razón y al sentimiento del que, leyéndonos, nos acompañe, nos comente, ó nos contradiga.

Generalmente se ha considerado lo que será el Pontificado sin Roma: nuestro tema es más mundano: EL DESTINO DE ROMA, SIN PAPA, es el final objeto de nuestro discurso.

No sabemos si nos acusarán los partidos, de escribir con pasión y parcialidad. —¿Porqué?—Nuestras palabras podrán ser vehementes, porque es así el acento de la voz de nuestro espíritu; pero nuestro ánimo está perfectamente sereno, porque está completamente seguro.

Abrigamos dos grandes esperanzas. El porvenir eterno del Pontificado, está afianzado en la infalibilidad de una divina promesa. La independencia, la gloria y la libertad, creemos confiadamente que los alcanzará al fin la Ita-

lia, aunque sea á través de una lenta prueba de errores, desventuras y expiaciones. No es culpa nuestra, si en el espíritu de los hombres que están al frente de su actual revolucion, no se concilian y avienen estas dos esperanzas, tan naturalmente como se acuerdan y combinan en nuestra razon y en nuestra creencia. No es culpa nuestra, si los que alucinados por un patriotismo, no bien depurado de elementos revolucionarios y de aspiraciones protestantes, han proclamado, desnaturalizándola, al aplicarla á esta cuestion, la fórmula, hoy en boga, de LA IGLESIA LIBRE EN EL ESTADO LIBRE, no buscaron en el fondo de los verdaderos sentimientos patrióticos, religiosos, liberales é históricos que animan á aquella sociedad, la realizacion de este otro programa, que creemos más práctico á la par y más elevado: EL PONTIFICADO ROMANO INDEPENDIENTE, EN UNA ITALIA INDEPENDIENTE.

IV.

URBS Y CIVITAS EN LA ROMA ANTIGUA:

ROMA IMPERIAL.

Ya lo hemos anunciado anteriormente; ahora es fuerza concretarlo.

Lo que hoy se llama unidad é independencia de un Estado, no podía tener para la Italia el mismo significado que dan á estas palabras el sentimiento patriótico y el derecho público de nuestros dias. Unidad é independencia no fueron en el mundo antiguo, ni aun lo que son ahora; expresiones tan correlativas, que frecuentemente no hayan sido idéas contradictorias. La independencia es un hecho muy primitivo, muy originario: la unidad es la elaboracion lenta de una civilizacion ya adelantada. La unidad se nos muestra primero como cualidad de raza: tarda mucho en aplicarse á una extension de territorio.

Los grandes Estados territoriales europeos son de fecha muy reciente. Los vastos Imperios, como los de Asiria y Babilonia, el Mogol y la China, son de índole asiática. La antigua Europa no conoció semejante existencia política, que repugnaba al carácter libre y vagabundo de la raza de Japhet, que fué su pobladora. Su constitucion social y política fué, desde los más remotos orígenes, múl-

tiple, diseminada en cortos grupos, y en limitadas é independientes asociaciones. El escaso ejército expedicionario que la reducida extension de tierra llamada Grecia, envió á la guerra de Troya, contaba más Príncipes y Reyes, que monarquías cubren el inmenso continente asiático. Aquellos que Homero llama *pastores de pueblos*, guardaban muy escasos rebaños en sus silvestres apriscos. Más tarde, las mismas repúblicas griegas eran una confederacion de pequeños municipios; y el coloso que Alejandro quiso levantar por el diseño de los Imperios de Oriente, rodó en pedazos despues de su muerte, como si solo le hubiera sostenido en equilibrio atlético su poderosa espada. No quedó en esta parte de Europa, más que el trozo que vino á ser despues uno de los sillares para el edificio que la Providencia encargó de construir á Roma.

No hay para qué insistir de nuevo sobre la reconocida mision de la ciudad' predestinada. El mundo entero ha consignado en todo género de testimonios, los hechos y los caracteres del destino excepcional y maravilloso, de que le tocó ser providencial instrumento. Roma no es una nacion: no es un estado territorial, ni se cuida de serlo. No es una raza que viene de afuera, ni que busca su vivienda en el mundo: no es una familia prepotente que levanta el esplendor de una autoridad social ó doméstica, al rango del poder político: no es un conquistador guerrero, ó un profeta religioso, que sale á pasear por la tierra la fuerza de su espada, ó la inspiracion de una doctrina. No es un taller industrial, que va á imponer á pueblos rudos y necesitados, el consumo de sus mercancías, ó á demandarles á poco precio las materias de su trabajo y de su comercio.

Ya lo hemos anunciado. Roma viene á mandar, á constituir, á ser Reina, á crear poder, á organizar gobierno, á establecer derecho, á poner un yugo de ley en los hombres, un vínculo de unidad en los pueblos: viene á amalgamar en una inmensa ciudadanía las diferencias de todas las razas, de todas las gentes, de todos los paises. El gérmen de sus instituciones, como el de una bellota caida, destinada á ser un fortísimo roble, para dar origen á un dilatadísimo bosque, rompe desde luego y sucesivamente, todos los obstáculos que dentro quieren aprisionar su fecundidad, todos los diques que se levantan por fuera, á ceñir y limitar su impulso. Sus ojos y sus brazos se extienden sobre la tierra, pasando por encima de la region geográfica que la circunda. Antes que en Italia, piensa en el mundo; ántes de cruzar los Alpes, desafía á Cartago; antes de pasar el Pó, coloniza el Ebro y el Bétis. Un hijo de Gádes viene á ella á ser cónsul; y Sagunto puede ser aliada y amiga, primero que los Lígures y los Vénetos dejen de ser para ella bárbaros, extranjeros y enemigos.

Ni los Galos de Breno han de venir á incendiarla desde lo que despues fué Paris; sinó de las regiones que hoy son Turin y Milan. La guerra social fué una consecuencia, no fué un propósito. Su vocacion, no es fundar una Italia: el *REGERE IMPERIO POPULOS*, *todos los pueblos*, es su divisa.

Todos son sus enemigos, porque todos han de venir á ser sus ciudadanos. Á todos los ha de organizar con la doble fuerza de la asimilacion y de la resistencia. Las dispersas tribus que pueblan la España y las Gálias, antes de formar provincias por la sumision, organizarán confederaciones para la lucha. Viriato, como Vercingétorix y

Arminio, no serán jefes de pueblos, sinó caudillos de ejércitos allegadizos; y Roma triunfará fácilmente de aquellas nacionalidades indeterminadas, que no tenían entre sí ni vínculos morales de poder, ni intereses de comercio y cultura. Roma se los traía. Roma no venía, como habían venido los Asirios y los Persas; como vinieron después los Tártaros y los Mogoles; como Gengiskan y Timur.

Roma no exterminaba, no destruía. Su instrumento era la espada; su fin la ley, la gobernación. Sus legiones de guerra hacían obras de paz: sus Procónsules, que eran en su hogar Magistrados, traían instituciones; y sus Augures y Feciales, templos, culto y ritos. No causaban, pues, tanto horror, ni sobre todo, tanto desconcierto, como hoy nos parece, aquella dominación, aquella conquista. El mundo era entonces horriblemente bárbaro; y á través de las tradiciones de los pueblos sometidos, y de las exageraciones de los historiadores nacionales que las acogieron, alcánzase á ver, poniendo alguna atención en el carácter de aquellos tiempos, que salvadas las diferencias de raza y clima, estas poblaciones primitivas y subyugadas, se hallaban poco más ó ménos en la situación de los pueblos americanos, cuando se descubrió el Nuevo-Mundo.

Los siglos de la conquista romana no están tan remotos, que no hubieran quedado vestigios y monumentos de anterior cultura, si por ventura existían, como quedaron del Egipto y de Grecia. Por eso fueron asimilados todos; por eso aquella civilización fué tan homogénea, tan uniforme, tan completa, tan unitaria; por eso el sentimiento de la patria nativa llegó á perderse, ó más bien á confundirse con la ciudadanía de la patria común. Por eso llegó el tiempo de que las ideas de independencia fuesen ridículas; y de que Séneca pudiera decir que la

pretensión de dividir los pueblos por los Pirineos y los Alpes, por el Rhin ó por el Danúbio, era como si las hormigas quisieran dividirse en especies por los cuadrados de un huerto. Á tan formidable unidad llegaba ya en tiempo del filósofo Cordobés, y á mayor llegó siglos después aquella asociación universal, aquel catolicismo pagano, de que fueron Pontífices los Césares. Aquel Imperio ya no tuvo fronteras; ni sus súbditos extranjería.

Roma era ya una idea; ser Romano, una especie de religión. Y esta idea, este sentimiento, solo pudo inspirarlo una ciudad, un ser moral, no una nación toda entera. Hubiera parecido absurdo que todos los hombres se llamaran italianos; como nunca será que se llamen ingleses ni franceses. Romanos se pudieron llamar todos, sin abjurar de su patria nativa. CIVIS ROMANUS SUM, tanto quería decir como soy hombre en la plenitud de mis derechos; soy hombre civilizado. Fué un dictado político, como lo es hoy religioso: llamóse romana la humanidad, como después hasta nuestros días, romana se llama la Iglesia católica.

La que se decía URBS se asentaba en el Tíber: la CIVITAS llegaba del Atlas al Rhin, y del Támesis al Cáucaso. Y como para dejar un público testimonio de que el mundo se asociaba en torno de una metrópoli; pero que no se constituía en siervo de una raza, ni se daba en vasallaje á una región, Italia resistió la primera la prepotencia de Roma, luchó con ella largo tiempo como otras provincias, y aún más que muchas de ellas, hasta que, concertadas ó sometidas, pero arrebatadas unas tras otras las ciudades italianas en el vórtice de Roma, formaron en torno de ella un centro luminoso de gravitación y fecundidad, que fué el sistema político del mundo.